

# «CONMEMORAR LA REVOLUCIÓN Y SUS MÁRTIRES». SOBRE EL LUGAR DE UN RITUAL POLÍTICO EN LA CONSTITUCIÓN DE LA IDENTIDAD DEL RADICALISMO (1891-1897)<sup>1</sup>

«CONMEMORATE THE REVOLUTION AND ITS MARTYRS». ABOUT THE PLACE OF A POLITICAL RITUAL IN THE CONSTITUTION OF THE IDENTITY OF RADICALISM (1891-1897)

FRANCISCO J. REYES ·

Francisco J. Reyes es becario doctoral del CONICET con sede en el Centro de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la

Universidad Nacional del Litoral (Argentina). Cándido Pujato 2751, (3000), Santa Fe, Argentina. e-mail: reyesfranciscoj@live.com

## Resumen

Los análisis históricos sobre el origen de las identidades políticas suelen poner en cuestión los acontecimientos que actuaron como sus mitos fundacionales, aunque reconocen la necesidad de reconstruir el proceso mediante el cual esas operaciones políticas resultaron exitosas. Este trabajo aborda la forma en que la llamada «Revolución del Parque» devino en el núcleo de sentido de una nueva y potente identidad político-partidaria en la década de 1890. A partir del seguimiento anual y el desmenuzamiento de las distintas instancias de un minucioso ritual conmemorativo en las calles de Buenos Aires, se dará cuenta del disputado y, por momentos, conflictivo proceso de subjetivación política que implicó la construcción de la Unión Cívica Radical en la Argentina finisecular.

## Abstract

The historical analysis of the origin of political identities tends to question the events that acted as their founding myths, although they recognize the necessity to reconstruct the process through which these policies were successful operations. This paper addresses how the so called «Revolution of the Parque» became the core meaning of a powerful new political party identity in the 1890s. From the annual monitoring and the crumbling of the different instances of a meticulous commemorating ritual on the streets of Buenos Aires, we will address the disputed and, at times, contentious process of political subjectivation that involved the construction of the Unión Cívica Radical in the end-of-century Argentina.

<sup>1</sup> Se agradecen los comentarios de Martín Castro y Luciano De Privitellio realizados a versiones previas de este trabajo, así como las muy pertinentes sugerencias de los evaluadores de *Estudios Sociales*. Este esfuerzo forma parte de una investigación más abarcativa, enmarcada en el Doctorado en Ciencia Política de la Universidad Nacional de Rosario.

«Mañana es el segundo aniversario de la revolución. El partido radical, que era entonces desconocido, y que se formó después, destacándose del centro popular de la revolución, se ha cubierto con su bandera, vive de esa tradición y la cultiva como si fuera fuego sagrado que alimenta su existencia. [...] Pero es fama que exageró su culto, rayando en el fanatismo, que es el escollo de las religiones».

*Tribuna*, 25/07/1892

«La columna recorre un largo trayecto, en el corazón de la Capital [...] en la muchedumbre que la ve pasar circula una simpatía irreflexiva a la causa que la demostración popular preconiza y honra, de suerte que el acto se transforma en una demostración social de patriotismo, realizada con la solemnidad del orden perfecto con que se desarrolla la imponente escena».

*La Prensa*, 07/08/1894

## INTRODUCCIÓN

Las impresiones que actúan como acápites de este trabajo ejemplifican la inevitable referencia del conjunto de los actores que intervenían en las disputas políticas de la Argentina de fines del siglo XIX respecto de un acontecimiento y sus singulares repercusiones. Ese hecho no es otro que la llamada Revolución del Parque. Entre otras consecuencias la misma dio lugar a una renuncia presidencial, la partición de la fuerza política que la promovió –la Unión Cívica– y la creación de otras dos agrupaciones, una de las cuales revelará con el tiempo su notable capacidad para dar forma a una identidad político-partidaria de larga duración: la Unión Cívica Radical (UCR).

En tanto levantamiento armado cívico-militar, la Revolución del Parque de 1890 ocupó un lugar destacado en la historiografía argentina, tanto en la «profesional» como en la «militante»; más aún para la UCR, que ha sido considerada como uno de los primeros exponentes de los partidos «nuevos» o «modernos» que irrumpieron en la Argentina del siglo XX. Recientemente, importantes trabajos han colocado en una nueva perspectiva la cuestión del uso y legitimación de la violencia revolucionaria a fines del siglo XIX en Argentina, entendiendo dicha

práctica en sus coordenadas históricas e ideológicas<sup>2</sup>. Ahora bien, el radicalismo emergente en esos años no sólo llevó adelante una defensa y una exaltación de la Revolución desde su retórica pública, como muestra Paula Alonso, sino que la convirtió en un verdadero mito fundacional de la agrupación, y en ese proceso ocupó un lugar central un tipo de práctica política que no ha recibido una atención análoga de parte de los historiadores: las conmemoraciones anuales de los hechos del Parque y de los combatientes de la Unión Cívica muertos en los combates, los cuales serán tempranamente concebidos como «mártires»<sup>3</sup>.

La perspectiva aquí adoptada recupera la producción historiográfica de los últimos años que ha comenzado a otorgar un papel cada vez más relevante a las culturas políticas, entendiendo por ellas un conjunto de intervenciones, prácticas, símbolos y sentidos que dotan de creencias y valores políticos específicos a quienes se involucran en su trama, y en donde los rituales conmemorativos ocupan un lugar fundamental<sup>4</sup>. En este sentido, las movilizaciones constituyen un aspecto privilegiado para reconstruir esa trama de sentidos puestos en juego por una

<sup>2</sup> La bibliografía sobre estos temas es muy abundante, pero selectivamente remitimos para la Revolución del Parque a un testigo de los sucesos, Juan Balestra, *El Noventa. Una evolución política argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, [1935] 1986; la interpretación pionera de la renovación historiográfica sobre el acontecimiento, en: Hilda Sabato, «La Revolución del 90: ¿prólogo o epílogo?», en: *Punto de Vista*, Buenos Aires, n° 39, 1990; para su lectura en el marco más general del período, ver Natalio Botana y Ezequiel Gallo, *De la República posible a la República verdadera*, Buenos Aires, Ariel, 1997; una reconstrucción de los acontecimientos, y la defensa hecha por la UCR de su legitimidad como práctica política, en Paula Alonso, *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años noventa*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000. Para su inserción en las coordenadas de las opciones políticas de la segunda mitad del siglo XIX en Argentina, remitimos a Hilda Sabato, «El ciudadano en armas: violencia política en Buenos Aires (1852-1890)», en: *Entrepasados*, n° 23, 2002, Buenos Aires; «Los desafíos de la república. Notas sobre la política en la Argentina pos Caseros», en: *Estudios Sociales*, n° 46, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, primer semestre, 2014. En lo que hace a la historiografía militante de la UCR, sus ejemplos más conspicuos son: Gabriel Del Mazo, *El Radicalismo. Ensayo sobre su historia y doctrina*, t. I, Buenos Aires, Gure, 1957; y Roberto Etchepareborda, *Tres revoluciones*, Buenos Aires, Pleamar, 1968, en los cuales la Revolución del Parque aparece como un verdadero acontecimiento fundacional del radicalismo.

<sup>3</sup> Por ejemplo, ya durante el mismo año de la Revolución del Parque, un mitrista se refería a los muertos en los combates como «actores en la lucha que acaba de terminar, y en las filas en las que se moría con la sonrisa del mártir en los labios y dando vivas a la patria». José M. Mendía, *La Revolución (su crónica detallada). Antecedentes y consecuencias*, Buenos Aires, Mendía y Martínez, 1890, p. 3.

<sup>4</sup> Para dicho concepto remitimos a Jean-François Sirinelli, «De la demeure à l'agora. Pour une histoire culturelle du politique», en: *Vingtième Siècle*, n° 57, enero-marzo, 1998.

diversidad de actores cuyos usos del espacio público urbano adquirieron un carácter eminentemente político, más allá de que esa participación no se canalizara en mecanismos de tipo institucional<sup>5</sup>. En particular, estudios locales como los de Sandra Gayol han puesto foco en la poderosa relación –si bien para un período bastante posterior en la UCR– entre multitudes manifestantes y lo que denomina «capacidad política de la muerte»<sup>6</sup>.

En lo que respecta a los primeros años de la UCR, este tipo de prácticas se constituyeron en un aspecto decisivo de su intervención política, así como de la forma en que los radicales se presentaban ante sí mismos y ante los «otros», es decir, sus adversarios políticos y la sociedad en general. Más específicamente, nuestra hipótesis plantea que las conmemoraciones anuales de la Revolución del Parque contribuyeron a dotar de un carácter popular a la UCR, en especial en la ciudad de Buenos Aires, al convocar en sus calles a miles de personas en verdaderas demostraciones multitudinarias de fuerza, las cuales comenzaron a prefigurar ciertas formas típicas de la política de masas. Al mismo tiempo, constituyeron el escenario privilegiado en el cual se desplegaron los símbolos, los sentidos y las figuras idealizadas de una identidad política extremadamente vigorosa. Dicha identidad difícilmente hubiera podido adquirir esa potencia en el imaginario colectivo si el mismo hecho conmemorativo –y las imágenes allí construidas– no hubieran sido admirados como un gran acontecimiento por parte de sus simpatizantes contemporáneos, pero también si sus adversarios no le reconocieran una significación excluyente. Por su magnitud, los rituales conmemorativos organizados por los radicales en esos años de la década de 1890 fueron, probablemente, las manifestaciones políticas regulares más importantes del período.

El recorte cronológico propuesto se centra en los años formativos del radicalismo, entre la partición en dos fracciones de la Unión Cívica en 1891 y la división de la UCR en 1897, punto de partida de su virtual disolución por casi un lustro.

<sup>5</sup> Ver al respecto la introducción y los trabajos incluidos en la compilación de Mirta Lobato (ed.), *Buenos Aires: manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX*, Buenos Aires: Biblos, 2011; y los reunidos en el dossier «Usos políticos del espacio público en Argentina, 1890-1945», en: *PolHis*, n° 9, primer semestre, 2012, cuya presentación realizaron María Inés Tato e Inés Rojkind. Para unas muy útiles especificaciones metodológicas en relación a este tipo de abordajes, ver Michel Offerlé, «Bajar a la calle de la «jornada» a la «manif»», en: *Política*, n° 44, otoño, 2005, Santiago de Chile, Universidad de Chile.

<sup>6</sup> Sandra Gayol, «Ritual fúnebre y movilización política en la Argentina de los años treinta», en: *PolHis*, n° 12, segundo semestre, 2013.

Durante este período las primeras movilizaciones conmemorativas comenzaron a dar forma a un ritual político a partir de su repetición y de una progresiva tipificación. Una puesta en escena pública que movilizaba a miles de personas en distintas claves, pero que entrañaba una serie de instancias previas que resultaban fundamentales para el éxito de la empresa conmemorativa. Asimismo, esas prácticas ritualizadas tuvieron su correlato en algunas de las expresiones provinciales del radicalismo, como fueron los casos de Buenos Aires y Santa Fe, como consecuencia de las revoluciones radicales de 1893, lo que terminó dando un pretendido carácter «nacional» a dichas manifestaciones, tanto por el alcance territorial como por el sentido que les otorgaron a las mismas sus promotores.

Así, creemos necesario definir en estas consideraciones iniciales lo que entendemos por ritual político. Si bien la ciudad de Buenos Aires, como bien afirma Hilda Sabato, experimentó desde la segunda mitad del siglo XIX una «cultura de la movilización» que luego habría declinado hacia la década de 1880, dicho fenómeno se presentaba más bien como parte de una cultura política liberal-republicana hegemónica. Ésta pretendía hacerse eco de la «opinión pública» en su conjunto, del «interés general», para así «colocarse, por tanto, por fuera de las diferencias partidarias», que eran percibidas por sus contemporáneos como representantes de intereses parciales, mezquinos<sup>7</sup>. Con el estallido de la crisis política de 1889-1890, la organización de un movimiento opositor al gobierno de Juárez Celman que coagularía primero en la Unión Cívica comenzó a apelar a formas de movilización, como las procesiones cívicas, que se pensaban con un sentido «patriótico» y como exaltación del «espíritu público»<sup>8</sup>.

Pero en el caso de las conmemoraciones radicales de la Revolución del Parque, la evolución de las disputas políticas a principios de la nueva década las convertirían –sin que los hombres de la UCR renunciaran a ese sentido «patriótico» o «nacional»– en verdaderos rituales político-partidarios: la «puesta en escena de un dispositivo con finalidad simbólica que construye las identidades relativas» al sustentar la capacidad de administrar la relación del pasado con el futuro partiendo de una exigencia de sentido, pretendiendo restituir la presencia del

<sup>7</sup> Hilda Sabato, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización, 1862-1880*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, [1998] 2004.

<sup>8</sup> Cfr. Lilia A. Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 95-101.

glorioso recuerdo de los orígenes<sup>9</sup>. Esta reivindicación tendrá la singularidad de apelar desde 1891 a una memoria, la de la Revolución, cuando el acontecimiento a conmemorar se encontraba aún «caliente» y sus consecuencias inmediatas todavía en curso, lo que la dotará de una fuerte capacidad de movilización e importante carga de emotividad<sup>10</sup>. Ese motivo se convertirá, precisamente, en el núcleo duro de la identidad radical.

Finalmente, sostenemos que esta operación de «vigilancia conmemorativa»<sup>11</sup> implicó la apropiación del acontecimiento revolucionario por parte de la fracción «radical» de la original Unión Cívica, dentro de una disputa con la fracción «militarista», y será a partir de ello que aquel devendrá en mito fundacional de la UCR. De acuerdo a la exégesis propuesta en este trabajo, dicha operación implicó en esos años cambiantes contextos de organización (que otorgaron aspectos distintivos a cada conmemoración anual), estableció una liturgia para los actos y un itinerario para las manifestaciones (paulatinamente refinados y tipificados), y generó una serie de discursos en torno suyo (tanto desde la voz de los radicales, como de sus simpatizantes más generales, sus detractores y adversarios políticos) que dotaron de un sentido particular a la Revolución y dieron lugar a la construcción de figuras militantes que caracterizarían por décadas a la potente identidad radical.

<sup>9</sup> Marc Augé, «Los dos ritos y sus mitos: la política como ritual», en: *Hacia una Antropología de los mundos contemporáneos*, Barcelona, Gedisa, 2001, p. 88. Como afirma este autor, «el dispositivo ritual extendido apunta, sino a cambiar el estado de las fuerzas sociales, por lo menos a hacer evolucionar los sentimientos, las apreciaciones, el estado del espíritu de algunos, tiende a persuadir afectivamente» (*Ibid.*, p. 97). Para un repaso de los principales aspectos del enfoque de la Antropología política sobre los rituales políticos, ver Marc Abélès, «Mises en scène et rituels politiques. Une approche critique», en: *Hermès*, CNRS Éditions, n° 8-9, 1991.

<sup>10</sup> La conmemoración de los hechos del Parque no constituirá el único ritual político-partidario que tomará forma en esos años del fin de siglo. Por ejemplo, sobre la celebración del 1° de Mayo ver Aníbal Viguera, «El primero de Mayo en Buenos Aires, 1890-1950: evolución y usos de una tradición», en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani»*, Buenos Aires, n° 3, primer semestre, 1991; y Lucas Poy, «Socialismo y anarquismo en los orígenes del 1° de Mayo en Argentina (1890-1895)», en: *Trabajadores. Ideologías y experiencias en el movimiento obrero*, año 1, n° 2, segundo semestre, 2011.

<sup>11</sup> Pierre Nora, «Entre mémoire et Histoire», en: Pierre Nora (comp.), *Les lieux de mémoire*, vol. I: La République, París, Gallimard, 1997, p. 29.

## DE LOS CONTEXTOS A LA ORGANIZACIÓN DE LAS CONMEMORACIONES

Nuestro análisis parte de una constatación: los actos anuales en homenaje a los caídos en la Revolución del Parque constituyeron las demostraciones de fuerza más masivas y mejor organizadas por parte de los hombres del radicalismo, las mismas actuaron, entonces, como un termómetro de su situación relativa en el marco más general del período. Pero cabe aclarar que el ritual experimentó sus propios tiempos de formación, consolidación y auge, así como derivas no siempre deseadas por sus promotores. Cada momento otorgó un carácter político particular a los mítines radicales, en tanto éstos se encontraban determinados por ciertas condiciones de posibilidad, esto es, oportunidades y límites para una práctica que pretendía influir en las relaciones de fuerza existentes.

### a) El marco político: de la Unión Cívica al conflicto argentino-chileno

La primera conmemoración, efectuada en julio de 1891, tuvo como escenario precedente el conflicto interno y posterior división de la Unión Cívica entre la fracción encabezada por Bartolomé Mitre, luego denominada Unión Cívica Nacional (UCN), y la liderada por Leandro Alem, que adquiriría el apelativo de «radical». La ruptura estuvo marcada por el llamado «acuerdo» entre Julio Roca, principal representante del Partido Autonomista Nacional (PAN), y Mitre. Todo apuntaba entonces a hacer del homenaje a los muertos en el Parque un acto de alta significación política, debido a que cada actor del escenario se posicionaría de acuerdo a las nuevas coordenadas del juego político.

A partir de junio de ese año, la división se reflejaría en las calles, un lugar que la Unión Cívica había erigido desde sus inicios en espacio privilegiado de su intervención pública, antes y después de la Revolución del Parque, mediante la forma de mítines y «procesiones cívicas»<sup>12</sup>. De allí que al anuncio de una manifestación

<sup>12</sup> Nos referimos al mitin fundacional de la Unión Cívica de la Juventud el 1° de septiembre de 1889 en el Jardín Florida, el mitin del 13 de abril de 1890 en el Frontón de Buenos Aires que dio origen a la Unión Cívica, los festejos espontáneos en las calles de Buenos Aires y en provincias producto de la renuncia del presidente Juárez Celman en los primeros días de agosto de ese año, y al gran mitin del 10 de ese mismo mes en homenaje a Alem como líder de la Revolución del Parque. Las acciones se encuentran reseñadas en: Jorge Landenberger y Francisco Conte (eds.), *Unión Cívica. Su origen, organización y tendencias. Publicación oficial. 1889-1° de septiembre-1890*, Buenos Aires, 1890. Dos interpretaciones recientes de los acontecimientos en: Leonardo Hirsch, «Entre la «revolución» y

«acuerdista», luego de que los mitristas se retiraran de la Convención Nacional de la Unión Cívica que se estaba celebrando al encontrarse en minoría, los radicales respondieron con un contra-mitin a los que comenzaron a ser llamados «traidores a la Revolución de Julio». En la manifestación, unos 800 estudiantes nucleados en el club universitario «Mariano Moreno» marcharon desde el local de la Unión Cívica hasta el domicilio de Alem, el cual con su discurso marcó la clave en que comenzarían a plantear los radicales la disputa con el mitrismo, al expresar que «muchos de los que concurrieron con nosotros a la empresa de salvación han abandonado la bandera común para pactar con el enemigo»<sup>13</sup>.

Pocos días después, una reunión del Comité Nacional «radical» de la Unión Cívica resolvía la expulsión de los «acuerdistas», la publicación inminente de un Manifiesto y, a propuesta de Francisco Barroetaveña, fundador de la Unión Cívica de la Juventud en 1889, la «conmemoración del 26 de Julio» como «solemnización del primer aniversario». El eje del planteo proponía efectuar la conmemoración en dos etapas: un funeral en la Catedral de Buenos Aires y luego una procesión cívica desde la plaza de Mayo hasta el Cementerio de la Recoleta<sup>14</sup>. Este último aspecto contenía, asimismo, un fuerte contenido simbólico, ya que una manifestación que revelaría a todas luces su carácter partidario se consumaría en un lugar por excelencia de la construcción de una «memoria patria» en la Buenos Aires patricia<sup>15</sup>.

La convocatoria, presentada al «pueblo de Buenos Aires» y en nombre de la Unión Cívica, intentó generar consenso en torno a un acto que se presentaba motorizado por la dirigencia ahora radical, aunque se negaba su carácter partidario<sup>16</sup>. Acontecimiento fundamentalmente porteño, las adhesiones enviadas por comités provinciales plegándose al acto operarán la «nacionalización» de aquel, otorgándole un sentido que trascendía el marco de la convocatoria. Pero las mismas demostraban todavía una situación de ambigüedad, porque seguían refiriéndose a la Unión Cívica como unidad.

la «evolución». Las movilizaciones del Noventa», en: *PolHis*, año 5, n° 9, primer semestre de 2012; e Inés Rojkind, ««La revolución está vencida, pero el gobierno está muerto». Crisis política, discursos periodísticos y demostraciones callejeras en Buenos Aires, 1890», en: *Anuario de Estudios Americanos*, n° 69, vol. 2, julio-diciembre de 2012, Sevilla.

<sup>13</sup> «Crónica de la manifestación de los estudiantes», *El Argentino*, 29/06/1891.

<sup>14</sup> «La sesión del comité», *El Argentino*, 02/07/1891.

<sup>15</sup> María L. Munilla Lacasa en *Celebrar y gobernar. Un estudio de las fiestas cívicas en Buenos Aires, 1810-1835*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2013, p. 216.

<sup>16</sup> «26 de julio», *El Argentino*, 18/07/1891.



Por un lado, una comisión de oficiales del Ejército que habían participado en los combates solicitó un arreglo entre las fracciones de la Unión Cívica para evitar la celebración de dos funerales por separado. Sometidas a votación las propuestas, el sector más intransigente encabezado por Joaquín Castellanos, hombre del círculo íntimo de Alem, se impuso a los conciliadores<sup>17</sup>, argumentando que «la invitación hecha por el comité era amplísima; que no porque otra agrupación política pretendiera desvirtuar la iniciativa debiera cederse». Se formó entonces una Comisión Organizadora constituida por Mariano Demaría, el coronel Mariano Espina, el coronel Julio Figueroa, Francisco Barroetaveña y el coronel Martín Irigoyen, sobrino de Alem<sup>18</sup>. La composición de la misma revela un aspecto a destacar: la presencia de un importante componente militar entre la dirigencia radical —miembros de la Junta Revolucionaria de 1890, considerados luego «héroes del Parque» y finalmente revolucionarios en 1893—; aspecto que teñirá buena parte de la estética de los marciales desfiles radicales, así como también el sentido otorgado a las conmemoraciones, destacando constantemente la «cita de honor» y «el sentimiento de deber hacia la patria»<sup>19</sup>.

El carácter pretendidamente ecuménico que se imprimió a la convocatoria oficiará como argumento para criticar la organización de un funeral paralelo por parte de los mitristas en el templo de San Francisco: «Si el acto ha tenido carácter político ha sido pues solamente por obra de los que rehusaron cobijarse bajo amplios conceptos de una invitación para todos»<sup>20</sup>. No obstante ello, el acto generó una amarga diatriba de parte de *Tribuna* debido al «carácter exclusivamente radical que se quiso dar al acto», apoyando la más discreta ceremonia religiosa que la UCN promovió para tres días después y alegando que nada debía festejarse, como aparentemente habían hecho los radicales<sup>21</sup>.

<sup>17</sup> El grupo que demostró una actitud más «política» en la votación ante la conmemoración de 1891 estaba compuesto por el citado Castellanos, Barroetaveña, Adolfo Saldías, Mariano Espina y Julio Arraga.

<sup>18</sup> «Aniversario de la Revolución de Julio», *La Prensa*, 24/07/1891.

<sup>19</sup> Los tres oficiales habían tenido un rol destacado en la dirección de tropas durante la Revolución; Irigoyen comandó en persona el Parque de Artillería y Espina y Figueroa expusieron luego sus impresiones sobre el fracaso de las acciones. Este último se había sumado precisamente a la Unión Cívica conmovido por sus «grandes manifestaciones» y «los síntomas que producían en la opinión», como consta en: «Exposición del coronel Julio Figueroa», en: *Unión Cívica. Su origen, organización y tendencias*, op. cit., pp. 223-228.

<sup>20</sup> «La procesión cívica. 20 mil ciudadanos», *El Argentino*, 27/07/1891.

<sup>21</sup> «La manifestación de ayer» y «Los funerales de mañana por las víctimas de la revolución», *Tribuna*, 27/07 y 28/07/1891.

Para el año siguiente, la situación se presentaría más hostil para los radicales. De hecho, hasta poco antes de la fecha continuaba en vigencia el estado de sitio decretado por el gobierno nacional en abril de 1892, el cual limitaba el derecho de reunión ante el rumor de una posible revolución radical, y las ordenanzas vigentes para Capital Federal de por sí estipulaban estrictas medidas de reglamentación y permiso para las movilizaciones<sup>22</sup>. De allí que el celo puesto por las comisiones organizadoras de las conmemoraciones a fin de guardar la más estricta disciplina de los manifestantes, los pedidos de autorización al jefe de policía de la Capital y la implementación de «servicios de orden» propios, pueden interpretarse como un acuerdo con las autoridades acerca de la «necesidad de canalizar el desorden de la calle», aunque ello no siempre pudo ser logrado, como veremos luego<sup>23</sup>. Fue precisamente en esa clave que un destacado funcionario y miembro de las elites intelectuales argentinas, como era José María Ramos Mejía, leerá el clima de esta década, al plantear que «[I]uego el año 1890 vuelve Buenos Aires a ser multitud»<sup>24</sup>. Como veremos, la prensa de la época se hará eco de este tipo de interpretaciones al reflexionar sobre las masivas conmemoraciones radicales.

El contexto de 1892 aparecía para la UCR como una oportunidad para presentar la conmemoración en tanto acto de resistencia a la –en palabras de *El Argentino*– «necia dictadura» del presidente Pellegrini, que había mantenido en prisión a los principales dirigentes radicales mientras otros habían emigrado a Montevideo. Se reactualizaba así el diagnóstico de 1890, entendido como producto de una crisis a la vez política, moral y nacional<sup>25</sup>. Al mismo tiempo, el motivo «patriótico» venía dado por la suscripción abierta por la UCR para la compra de un nuevo buque de la Armada que reemplazara al «Rosales», naufragado semanas antes del mitin<sup>26</sup>. El dato aporta una de las constantes de las conmemoraciones, en las cuales el

<sup>22</sup> Cfr. Silvia Sigal, *La Plaza de Mayo. Una crónica*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, pp. 147-151.

<sup>23</sup> Esta cuestión se planteaba en todas las grandes ciudades cuyas autoridades comenzaban a temer las posibles reacciones de sus poblaciones, vistas cada vez más como «masas» con una conducta y una psicología propias, al actuar colectivamente de forma «irracional». Para el caso francés, por ejemplo, ver Michel Offerlé, *op. cit.* p. 38.

<sup>24</sup> José M. Ramos Mejía, *Las multitudes argentinas*, Rosario, Biblioteca, [1899] 1974, p. 240.

<sup>25</sup> Como expresaba *El Argentino*: «La nación presentaba y presenta aún hoy el espectáculo bochornoso de gobiernos comerciantes [...] Un presidente desenfrenado ha hollado la majestad de la justicia, y conculcado derechos, suprimido garantías, violado preceptos sagrados de la ley» («A honrar los muertos», 23/07/1892).

<sup>26</sup> Eustaquio Pellicer a Adolfo Saldías, 16/07/1892, Fondo Adolfo Saldías, Archivo General de la Nación.

radicalismo se mostraba como un agudo crítico del gobierno, pero manteniendo su lealtad a los «intereses de la Nación».

En 1893 el clima político se encontraba, en cambio, en plena efervescencia. Alem había resultado electo senador nacional por la Capital una semana antes del acto, lo que dio un tono triunfalista a la prédica de la UCR. Por otro lado, la noche anterior a la conmemoración los radicales de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y San Luis se levantaron en armas contra sus respectivos gobiernos, logrando en los tres casos un éxito efímero, pero que en esos días permitió que se presentaran como la continuación en el resto del país de la «misión histórica» contraída por la UCR desde el Parque. Sumado a ello, el acto de ese año fue el primero en realizarse ante el Panteón a los Caídos en la Revolución, que se instaló en el Cementerio de la Recoleta, lugar de llegada de las procesiones cívicas y que las dotaría de un carácter sacro<sup>27</sup>. El proyecto se había iniciado a fines de 1891, cuando se organizó una Comisión Militar de oficiales combatientes en el Parque presidida por Mariano Espina<sup>28</sup>, la cual luego de una larga suscripción y bailes a beneficio logró reunir los 33.000 pesos que costó el mausoleo encargado al escultor belga J. Cantillon<sup>29</sup>. Pero a diferencia de la primera conmemoración, esta vez la Comisión Militar permitió la participación de los mitristas en el acto –que contaban entre sus miembros con un buen número de oficiales–, ante lo cual los radicales decidieron trasladar su desfile callejero para el día 30 de julio y diferenciarse así de los «traidores» que a su vez marcharon hasta la plaza de Mayo para vivar a Mitre y al gabinete encabezado por Aristóbulo Del Valle. La Revolución y sus muertos mantenían su condición de símbolos en disputa. Esto se evidencia en la actitud hostil que mostraron grupos de radicales, que mientras se desarrollaba el mitin de la UCN aclamaron a Alem y a la UCR, gestándose un ligero incidente en las calles aledañas<sup>30</sup>. De todas formas, la manifestación mitrista no logrará opacar a la más

<sup>27</sup> La importancia del monumento a los «mártires», «víctimas de un santo patriotismo», fue destacada con un tono solemne incluso por la prensa satírica afín al radicalismo, como era el caso de *Don Quijote* (30/07/1893).

<sup>28</sup> El compromiso político de Espina con el radicalismo le acarrearía ese mismo año una condena a muerte por parte de una Corte Marcial, luego de encabezar la revuelta en la Marina durante la revolución de septiembre en Rosario.

<sup>29</sup> «Al pueblo argentino», *La Prensa*, 20/07/1893. Sobre el Monumento a los Caídos en la Revolución del Parque, ver: Horacio Guido, «Los caídos del 90», en: *Todo es Historia*, n° 408, julio de 2001.

<sup>30</sup> «El meeting de ayer», *La Prensa*, 27/07/1893.

masiva que efectuaría ese año el radicalismo, dando cuenta de las diferencias de arraigo y capacidad de movilización en la ciudad.

A esta altura podemos constatar un hecho significativo: la mencionada re-actualización del diagnóstico del '90, que permitía plantear al momento de las conmemoraciones la necesidad de consumir la «regeneración patriótica», se vería complementada desde 1894 por una aguda retórica de patriotismo militante, sino nacionalista, en vista de la posibilidad de un potencial conflicto armado con Chile. A esta cuestión no era ajena la gran prensa porteña, que criticaba de forma cotidiana lo que entendía como una negligente inacción del gobierno y llamaba a despertar el «patriotismo verdadero de los ciudadanos»<sup>31</sup>. Al enemigo interno de la Nación, se sumaba ahora el siempre amenazante de allende las fronteras, generando un clima de agitación y militancia patriótica que tendrá su punto álgido hacia 1897-1898<sup>32</sup>.

Ese año también comenzarían a celebrarse en las provincias de Buenos Aires y Santa Fe las conmemoraciones de las fracasadas revoluciones de 1893, en una fecha lo suficientemente cercana a la del Parque como para asociarlas en tanto parte de una misma «causa»<sup>33</sup>. La coordinación de esas conmemoraciones provinciales no le sería ajena al Comité Nacional de la UCR ya que, por ejemplo, revolucionarios santafesinos formarían parte de las comisiones organizadoras de las conmemoraciones tanto en los actos de Capital como en los de su provincia. La grandiosidad de los mitines en Capital y en las provincias debía suplir la «situación muy delicada» por la que atravesaba el partido, de allí la importancia de convocar en las calles a lo que el líder radical llamaba la «república cívica»<sup>34</sup>.

<sup>31</sup> «Por la patria», *La Prensa*, 25/05/1894.

<sup>32</sup> La línea editorial del órgano partidario se encargaría de entrelazar los conflictos internos con los externos bajo el sugerente título de «Defensa nacional». Sobre uno de los tempranos climas de exacerbación nacionalista luego de la consolidación del Estado nacional, remitimos a Lilia A. Bertoni, *op. cit.*, aunque la autora no se ocupa de la actitud adoptada por el radicalismo.

<sup>33</sup> Al respecto, ver, en general, Paula Alonso, *op. cit.* Para el caso de las particularidades de las revoluciones de julio y septiembre de 1893 en Santa Fe –planteando una perspectiva diferente al clásico de Ezequiel Gallo, *Colonos en armas. Las revoluciones radicales en la provincia de Santa Fe (1893)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007–, nos permitimos remitir a Francisco Reyes, «Una religión cívica para la Argentina finisecular. La construcción identitaria del primer Radicalismo en la provincia de Santa Fe (1894-1904)», en: *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Tel Aviv, vol. 26, n° 1, 2015.

<sup>34</sup> Leandro Alem a Martín Rodríguez Galisteo, 05/07/1894, Fondo Rodríguez Galisteo, carpeta A-G, folio 65, Archivo Histórico de la provincia de Santa Fe.

De todas formas, las conmemoraciones de la revolución del Parque en Capital actuaban como un momento de comunión política para los radicales difícil de practicarse en otras instancias. Por ello se impuso a sus promotores la necesidad de convocar para el desfile a ciertas delegaciones provinciales, en especial a representantes de espacios donde el radicalismo arraigaría con fuerza, como el ámbito bonaerense o el santafesino<sup>35</sup>. Y si bien los radicales en las provincias mantenían un importante nivel de autonomía, las comunicaciones en los contextos de las conmemoraciones se intensificaban para coordinar esfuerzos. La operación política que aquellas implicaban y su organización en las semanas previas no escapaban a la opinión crítica de la prensa autonomista, que las concebía como un «pretexto para la revista que el radicalismo metropolitano quiere pasar a sus legiones»<sup>36</sup>. De todas formas, resulta sintomático del contexto el hecho de que en 1895 los radicales se abstuvieran de organizar su desfile a fin de «evitar perturbar a los ciudadanos en los ejercicios doctrinales de la Guardia Nacional»<sup>37</sup>.

Para 1896, como aclaramos, el momento conmemorativo se verá teñido por la muerte de Alem, dato que lo encuadraría en la crisis más general de la UCR<sup>38</sup>. En esta ocasión la Comisión encargada del acto publicó una circular convocando a un «homenaje a los héroes del 90 y a su jefe el doctor Leandro N. Alem». Si bien el tributo no revestiría «las formas de una manifestación o meeting, sino más bien los ordinarios de un acontecimiento social», como destacó *La Prensa*, sería el punto de inicio del pasaje que experimentará la figura de Alem de «líder» a convertirse en el principal «mártir del radicalismo»<sup>39</sup>, como veremos luego.

1897 será finalmente un punto de inflexión. Por un lado, constituirá el último gran ensayo de ocupar en forma masiva y unificada el espacio público porteño por parte del radicalismo, pocos meses antes de que en una turbulenta Convención Nacional el partido terminara por dividirse<sup>40</sup>. Por otro lado, en lo que hace espe-

<sup>35</sup> En efecto, al momento de iniciarse los trabajos conmemorativos de 1894 se formó una comisión organizadora a cargo de algunos de los más destacados miembros del Comité Nacional, del Comité de la Capital Federal, del radicalismo santafesino y del bonaerense.

<sup>36</sup> «La de pasado mañana. El radicalismo en la calle», *Tribuna*, 03/08/1894.

<sup>37</sup> «Aniversario de la revolución de Julio», *La Prensa*, 26/07/1895.

<sup>38</sup> Paula Alonso, *op. cit.*, capítulo 6.

<sup>39</sup> «Aniversario de la revolución de 1890», *La Prensa*, 30/06/1896.

<sup>40</sup> Al respecto, ver Edit Gallo, *Construcción de un partido político. Las convenciones nacionales de la Unión Cívica Radical (1890-1931)*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas Cruz del Sur, 2009.

cíficamente a la conmemoración, la circunstancia especial de la coincidencia del domingo fijado con los ejercicios de la Guardia Nacional –siempre en el marco de lo que se planteaba a esas alturas como una guerra inminente con Chile–, llevó a que la Comisión Organizadora se presentara ante el Jefe del Estado Mayor del Ejército, quien facilitará el transporte en tren de los 1500 radicales pertenecientes a los regimientos de la Guardia. Este hecho generará impresiones encontradas: destacándolo *La Prensa* («batallones casi enteros a la cabeza de cada club [...] satisfechos de asistir a un acto cívico, de acuerdo con sus convicciones políticas, con la misma satisfacción que en la mañana llenaron sus deberes patrióticos»<sup>41</sup>) y denostándolo *Tribuna*, que envió una carta al comandante de la división de Capital Federal («Esta intromisión de los guardias nacionales con sus armas, que son de la nación [...] significa una ostentación prohibida por disposiciones superiores que están en vigencia»<sup>42</sup>).

CUADRO 1:

FORMAS DE CONMEMORACIÓN DE LA REVOLUCIÓN DEL PARQUE POR LA UCR Y LA UCN

AGRUPACIÓN/AÑO	1891	1892	1893	1894	1895	1896	1897
UCR	M/D/C	M/D/C	D/C	D/C	M/C	C	D/C
UCN	M	-	D/M	-	C	-	C

REFERENCIAS: M (misa en la Catedral u otra Iglesia), D (desfile callejero) y C (visita al cementerio de la Recoleta).

FUENTE: elaboración propia de acuerdo a la información suministrada por la prensa periódica.

**b) La organización y ritualización de la conmemoración**

Pero si de organización se trata, una serie de instancias partidarias fueron perfeccionando progresivamente su accionar para hacer de las conmemoraciones un ritual con pautas tipificadas. Sobre todo las comisiones especiales, los clubes y comités parroquiales jugaron un rol clave como espacios de socialización, dirección y encuadramiento. En efecto, en las semanas previas una febril actividad era llevada adelante desde la alta dirigencia partidaria hasta las células parroquiales. A

<sup>41</sup> «Movimiento político», *La Prensa*, 26/07/1897.

<sup>42</sup> «La Guardia Nacional y la política. Notas del Estado Mayor», *Tribuna*, 27/07/1897.

partir de la primera conmemoración de la Revolución los pasos se fueron pautando minuciosamente: a inicios de julio se reunía la dirigencia y se creaban la comisión especial para el acto y la que debería «hacer guardia» en el cementerio de la Recoleta; se sucedían las convocatorias de los clubes a la «fiesta radical» dirigidas –según una fórmula recurrente– «a todos los correligionarios políticos de la parroquia y a todos los convecinos que simpaticen con los principios de nuestro partido»<sup>43</sup>, lo cual incluía también a los extranjeros residentes en la ciudad, y comenzaban a organizarse todo tipo de actividades relativas a la conmemoración.

Esas imprescindibles correas de transmisión que eran los clubes de base debían así multiplicar sus trabajos y el de los militantes, en una verdadera empresa de pedagogía política: reuniones nocturnas todos los días, apertura de los registros de adherentes, celebración de conferencias políticas en teatros, confección de banderas, medallas y placas conmemorativas, pero también obras artísticas como cuadros y poemas, como los escritos por Diego Fernández Espiro (secretario del Comité de la Capital) y Pedro B. Palacios (militante del radicalismo platense, más conocido por el seudónimo de «Almafuerte»), titulados respectivamente «26 de Julio» y «La sombra de la Patria», publicados en el número especial de *El Argentino* de 1891.

Todo ello actuaba como soporte material de los discursos alusivos a la Revolución con el objetivo de perpetuar su sentido, de hacerlo trascendente; o sea, se resignificaba la memoria del acontecimiento al mismo tiempo que se avanzaba en la subjetivación política de los que comenzaban a llamarse a sí mismos «radicales», quienes construían un tipo de solidaridad política militante a partir de un vínculo emotivo. Pero también se forjaban jerarquías de distinto nivel. Por ejemplo, ese año se repartieron medallas a los militares revolucionarios con la inscripción «El pueblo argentino a los defensores de la libertad nacional»<sup>44</sup> y lo mismo en 1897 a los que participaron desfilando en la conmemoración. Asimismo, en la primera de estas fechas un grupo de mujeres de Córdoba confeccionó una bandera que obsequió al Comité Nacional para «tributar un profundo homenaje de respeto a la memoria de los mártires», con un lema bordado que rezaba «Dios y patria-26 de Julio»; mientras que tanto en 1891 como en 1892 respectivas comisiones de damas porteñas entregaron a Alem dos cuadros con su busto. Las conmemoraciones eran un homenaje a la Revolución y a sus muertos, pero también a su líder Alem.

<sup>43</sup> Circular del comité parroquial de San Telmo, transcripta en *El Argentino*, 04/08/1894.

<sup>44</sup> Un modelo de dicha medalla fue reproducido por *Don Quijote*, 10/11/1890.

El activismo radical era especialmente demandante en esos contextos y el énfasis puesto por las comisiones en el orden y la disciplina actuaba como la contracara del entusiasmo y el carácter emotivo de la conmemoración. Resulta ilustrativo al respecto la forma en que el diario de mayor tirada de Buenos Aires interpretaba el resultado de esos trabajos previos, dando cuenta de la emergencia de lo que entendía era una novedosa y potente identidad política en la Argentina finisecular, portadora de una mística particular:

«La masa disciplinada de la manifestación ha sido bastante numerosa para revelar los elementos y la cohesión de la fracción popular militante que la ha realizado [...] Es la exhibición de un organismo político con potencia vital [...] Verdaderamente es un hecho nuevo en nuestro modo de ser político [...] La Unión Cívica Radical, en suma, se ha revelado inequívocamente como una fuerza popular capaz de la vida permanente de los partidos militantes. [...] El espíritu público se ha vinculado a ellos por los lazos misteriosos de la comunidad de causa, de la identidad de aspiraciones [...]»<sup>45</sup>.

Además de participar de esas actividades, los afiliados debían colaborar con suscripciones monetarias para costear los gastos de la celebración, lo cual exigía un compromiso singular con el acontecimiento y con el partido; para la compra de un nuevo buque de guerra para la Armada o erigir el Monumento a los Caídos. Por otro lado, dando cuenta de la progresiva ritualización de las procesiones cívicas, desde 1892 las autoridades encargadas comenzaron a emitir una circular a los clubes parroquiales de Buenos Aires en donde se estipulaba: las modalidades de propaganda (carteles y circulares de clubes), el traslado desde los barrios a la plaza de Mayo, el nombramiento de comisarios generales y sub-comisarios de columna para el desfile, la composición ideal y las distancias que se debían guardar en la marcha (8 filas y 50 cm de distancia entre los manifestantes). Dichas órdenes partidarias se dictaban en función de mantener el control del acto, para contestar la imagen construida por los conservadores en el gobierno que pintaba al radicalismo como una fuerza «anárquica» o «jacobina»<sup>46</sup>, ante lo cual la UCR se presentaba a sí

<sup>45</sup> «Filosofía de la manifestación», *La Prensa*, 26/07/1892.

<sup>46</sup> Pensemos por ejemplo en la caracterización que hiciera Paul Groussac de Alem como un «Robespierre de Balvanera» que «llegó a ascender a jefe de partido y figurar, en cierto modo, como personalidad nacional» y «cuyo prestigio sobre las masas populares se fundaba, ante todo, en la ley de la afinidad»,



misma como un «partido de orden». Es precisamente esta imagen y contra-imagen a que daban lugar las conmemoraciones lo que las convertía en un fenómeno ante el cual sus contemporáneos no podían permanecer indiferentes, lo que al mismo tiempo contribuyó a la construcción del radicalismo como una fuerza popular.

Ese reconocimiento de los «otros» implicaba que en cada año de esa década de 1890 se reinstalara el tópico de la posibilidad de un alzamiento armado. Como expresaba *Tribuna*, el «espíritu bullanguero del radicalismo, que aprovechará un aniversario en que debían inclinarse en actitud de respetuoso homenaje» tenía «la virtud de atraer, desde los lejanos barrios de la Boca y de los Corrales de abasto, a toda la bulliciosa juventud milonguera»<sup>47</sup>. Por ello Adolfo Mujica, miembro del Comité Nacional de la UCR, expresará en una de las conmemoraciones: «Queremos el orden, pero no el orden que se impone con máuser, sino aquel que resulta, incontrastable y fecundo, de la práctica sincera de las instituciones republicanas»<sup>48</sup>.

### LOS ACTOS, EL ITINERARIO Y LA LITURGIA RADICAL

Las manifestaciones organizadas por el Radicalismo en sus primeros años para conmemorar la Revolución no constituyeron ni las primeras ni las únicas de este tipo de demostraciones públicas llevadas a cabo por parte de dicha agrupación. Lo que aquí se intenta argumentar es que las conmemoraciones adquirieron un sentido particular, trascendente, al investir al acontecimiento de 1890 como el mito fundacional de la agrupación, que legitimaba la acción en el presente y proponía un horizonte futuro de redención política.

Como vimos, el contexto de organización de una oposición movilizadora al gobierno de Juárez Celman había dado lugar a una serie de mítines de gran resonancia, así como luego los radicales realizarían demostraciones masivas de forma recurrente. En este sentido, los mismos evidenciaron una particular propensión a manifestarse, a desfilar y, en suma, ocupar el espacio público como una forma de actividad militante. Esa valoración se planteaba como respuesta al diagnóstico que se elaborara sobre el clima de 1889-1890, argumentando que el país atravesaba una crisis moral

concitando en las mismas el «culto fanático del ídolo». En: *Los que pasaban*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, [1919] 1980, pp. 125 y 127.

<sup>47</sup> «Los rumores de revolución», *Tribuna*, 23/07/1892.

<sup>48</sup> Transcrito en: «El meeting de ayer», *El Argentino*, 06/08/1894.

y nacional, para lo cual se requería una «reacción cívica» o, según una fórmula recurrente en la retórica pública del radicalismo, una «regeneración patriótica».

En el caso de los actos conmemorativos, los mismos constaban de dos y hasta tres instancias sucesivas que se combinaban. La ceremonia religiosa en la Catedral en homenaje a las víctimas, donde el sentido estrictamente político estaba virtualmente ausente; la procesión cívica desde la plaza de Mayo hasta el Cementerio de la Recoleta y la visita al Monumento con los correspondientes discursos alegóricos, aunque no siempre todas ellas formaron parte del repertorio, como ocurrió en 1895-1896, cuando no se organizaron desfiles callejeros en Capital. Precisamente, si bien la visita al cementerio no dejaba de sustentar una connotación religiosa por la solemnidad que intentaba imprimírsele, sí adquirió definitivamente los visos de un acto partidario, a partir de una puesta en escena de los símbolos de la UCR, la formación de los clubes parroquiales, de delegaciones y de los comités directivos, dando lugar a una verdadera liturgia radical. Tal como afirma Avner Ben Amos, los funerales de este tipo pueden concebirse como un fenómeno dual: un *rito de pasaje* de fuerte carga emotiva, que implicaba la transformación de los muertos en objeto sagrado y de la comunidad que les rinde culto, que afirma así su solidaridad y su identidad; y un acontecimiento de fuerte connotación política que moviliza voluntades e impacta en el más amplio escenario del poder<sup>49</sup>.

Resulta interesante detenernos en los ejemplos que los radicales podían tomar como modelo para sus conmemoraciones. Quien parece haber auscultado los tipos de manifestaciones más adecuadas dentro del radicalismo fue Francisco Barroetaveña. Como vimos, el fundador de la Unión Cívica de la Juventud y luego íntimo colaborador de Alem, fue quien propuso en la reunión del Comité Nacional de julio de 1891 la realización de «una procesión cívica que deposite coronas en las tumbas de los muertos de la revolución».

Por supuesto, el precedente inmediato eran los mítines de 1889-1890, y si analizamos en detalle la reseña de las mismas efectuada por Barroetaveña, vemos ya prefiguradas las formas de las conmemoraciones radicales. El ideólogo del que sería el ritual por excelencia de la UCR conocía bien ciertos ejemplos históricos y

<sup>49</sup> Avner Ben Amos, «Les funéraires républicaines», en: Vincent Duclert y Christophe Prochasson (dirs.), *Dictionnaire critique de la République*, París, Flammarion, 2002, p. 878. La noción original de «rito de pasaje» o «rito de paso» proviene del folklorista y etnólogo francés Arnold Van Gennep, *Los ritos de paso*, Madrid, Alianza, [1909] 2008.

contemporáneos. Si, por un lado, Barroetaveña pensaba en los mítines como una suerte de «reunión de los Estados Generales de la Francia revolucionaria, en la cancha de pelota» (el Frontón de Buenos Aires); por otro, era consciente de que las modernas manifestaciones masivas se avenían con la sensibilidad del clima político: «nuestro propósito era pasear por las calles de Buenos Aires una procesión cívica imponente por su número, por su composición y por sus aspiraciones, imitando las prácticas políticas de las grandes capitales europeas y norte-americanas»<sup>50</sup>. Recordemos que será precisamente en la década de 1880 cuando los «desfiles patrióticos» del 14 de julio se instauraron durante la Tercera República como «fiesta nacional» que combinaba lo civil y lo militar<sup>51</sup>.

En esa década de 1890 los radicales no dejarán de seguir con atención las celebraciones de ese ejemplo movilizador para el «carácter nacional» –calificándolo de «fiesta universal» y asociándolo a su propia causa política<sup>52</sup>–, así como el de los festejos patrios del 25 de mayo y el 9 de julio<sup>53</sup>, también recientemente tipificadas en sus formas como «procesiones cívicas» cuya importancia era clave para la formación del «ciudadano-soldado»<sup>54</sup>. En lo que hace a las manifestaciones de la original Unión Cívica, Barroetaveña había consultado tanto con Mitre como con Alem, y aquí el futuro dirigente radical establece un contrapunto, que parece tener consecuencias en las prácticas posteriores: Mitre y otros «prohombres» se oponían a la idea de recorrer las calles céntricas hasta desembocar en la plaza de Mayo, mientras Alem «creía conveniente exhibir nuestros elementos en la calle, organizando una imponente procesión cívica»<sup>55</sup>. Este será, casi sin variantes, el modelo predominante de las conmemoraciones radicales entre 1891 y 1897.

<sup>50</sup> Francisco Barroetaveña, «Reseña histórica de la Unión Cívica», en: *Unión Cívica, op. cit.*, p. XXXVIII.

<sup>51</sup> Christian Amalvi, «Le 14-Juillet. Du *Dies irae* á *Jour de fête*», en: Pierre Nora (dir.), *op. cit.*; y Olivier Ihl, *La fête républicaine*, París, Gallimard, 1996.

<sup>52</sup> Como expresaba *El Argentino*: «Para los argentinos honrados, sobre cuyas cabezas pende una tiranía social y política [...] el recuerdo del 14 de Julio debe darles nuevos alientos para proseguir en la tarea cívica en que están empeñados» para «lograr romper las cadenas del oficialismo que ha deshecho el carácter nacional» («14 de Julio. Fiesta universal», 14/07/1892).

<sup>53</sup> Al celebrarse un 9 de julio, el mismo diario se admiraba de «Aquel pueblo desbordante en calles y plazas y aquel desfile gallardo del ejército de línea y de la guardia nacional, daban a la capital el aspecto de París en un 14 de Julio» («La fiesta patria en la Capital», *El Argentino*, 10/07/1895).

<sup>54</sup> Lilia A. Bertoni, *op. cit.*, pp. 216-237.

<sup>55</sup> Francisco Barroetaveña, *op. cit.*, pp. XXXVII-XXXVIII.

El itinerario urbano desplegado comenzó a instaurarse desde 1891 y podemos afirmar que, de acuerdo a la topografía simbólica, implicaba dos tipos de desplazamiento. En lo que hace a las instancias previas, se operaban múltiples movilizaciones desde los barrios hasta el centro, protagonizadas por cada uno de los clubes parroquiales de la UCR. En un segundo momento, luego de la concentración, la columna principal ya constituida marchaba desde la plaza del poder –la plaza de Mayo frente a la Casa de Gobierno– hasta el sitio de la sacralización –el cementerio de la Recoleta–, recorriendo las céntricas Avenida de Mayo, calle Florida y Avenida Alvear. Al mismo tiempo, las disposiciones y el orden de la columna daban cuenta de las jerarquías y los grados de involucramiento político de los manifestantes.

Las procesiones cívicas se iniciaban como pequeños actos organizados por cada uno de los clubes concurrentes y la parroquia o la sede del partido constituían la referencia obligada. Esta organización revelaba el papel clave de los nucleamientos de base a la hora de encuadrar y disciplinar a la militancia radical. La confluencia de las columnas en plaza de Mayo y el orden de formación de los clubes era sorteado días antes por la Comisión organizadora, mientras a la cabeza de la manifestación marchaban indefectiblemente el Comité Nacional y el de la Capital, así como eventualmente delegaciones provinciales.

En 1891 formaron junto a diez clubes parroquiales, los miembros de los «cantones revolucionarios» de 1890, dos clubes universitarios y tres clubes formados para la ocasión<sup>56</sup>. Al año siguiente los clubes parroquiales ya constituían el cuerpo central de la formación, pero para 1894 los mismos eran ya diecisiete y se incluyó en el desfile la presencia de delegaciones de las provincias «revolucionarias» del año anterior. Para organizar aún más en detalle el acto, *El Argentino* publicó un plano de la plaza de Mayo señalado a partir de un croquis «con el orden en que deberán colocarse durante el *meeting* de mañana, los diversos centros parroquiales del Partido Radical [...] y la columna podrá verificar su desfile en forma regular y ordenada»<sup>57</sup>.

Pero la reunión de miles de personas en el centro de la ciudad celebrando el aniversario de un hecho de armas con un fuerte sentido político-partidario tenía, sin embargo, sus detractores. Lucio Mansilla, redactor del oficialista *Tribuna*, podía plantear en 1892 que «[l]a memoria de los muertos, aún la de aquellos que me ofendieron en vida, es para mí cosa sagrada», por lo que no entendía «que la libertad

<sup>56</sup> «Procesión cívica», *La Prensa*, 26/07/1891.

<sup>57</sup> El plano apareció en la primera página de *El Argentino*, 02/08/1894.

consista en incomodar a casi todo el mundo con bombas estrepitosas», terminando por sentenciar: «no creo que una amalgama en tales condiciones reales y esenciales esté destinada a otra cosa que a ser una inquietud permanente para el país»<sup>58</sup>.

No obstante estos reparos, la repetición impuso sus formas al acto. La formación frente a la Casa de Gobierno, en clara demostración de fuerza al oficialismo, daba inicio a una liturgia que logró consolidarse. Formados los clubes en los lugares asignados, la comisión organizadora recibía en la pirámide de Mayo o en el monumento a Belgrano a los comisarios de orden. También se respetaba el «Orden del día» de la policía de la Capital. El despliegue de la columna y su entorno incluía un espectro variopinto de actores. Los protagonistas colectivos principales eran los militantes de los clubes barriales, pertenecientes en buena medida a los sectores populares si confiamos en las descripciones de la prensa; luego liderazgos individuales, caso de los notables radicales, algunos de los cuales gozaban de cargos electivos, como Alem, Bernardo de Irigoyen, Saldías, Barroetaveña, Castellanos, etc., e incluso otros cercanos a la agrupación, como el mismo Aristóbulo Del Valle o Lucio V. López; finalmente, participantes de segundo orden, entre los que se destacaban las mujeres y los niños así como los grupos no encuadrados que podían sumarse a la columna una vez en marcha, los cuales hacían su aporte a la visibilidad del consenso que pretendía lograr la UCR:

«Las calles por donde debían pasar las columnas de los distintos clubes parroquiales, estaban embanderadas, y las azoteas y balcones de las casas llenas de distinguidas familias, que al pasar batían palmas con entusiasmo indescriptible, asociándose así al patriótico acto [...] fueron llegando las columnas parroquiales, todas en perfecto orden y compostura, con sus estandartes y sus bandas de música a la cabeza [...] Los comisarios populares, entre tanto, y los presidentes de los clubs parroquiales, se esforzaban por organizar la enorme columna cívica [...] Las bandas que encabezaban los diversos comités de que aquella estaba formada, hicieron escuchar los acordes de escogidas marchas fúnebres, apropiadas al acto que se celebraba [...] Iba en primer término el Comité Nacional. En el centro de la primera fila, presidiendo la patriótica procesión, se veía al Dr. Alem [...] Seguían en seguida formando en columna de 15 en fondo los demás miembros del comité nacional, los comités de la capital y de la provincia de Buenos Aires, y detrás de estos, con perfecta organización, los comités parroquiales»<sup>59</sup>.

<sup>58</sup> Lucio Mansilla, «Mi pequeña Tribuna», *Tribuna*, 25/07/1892.

<sup>59</sup> «La procesión cívica. Imponente manifestación», *El Argentino*, 25/07/1892.

Como se hace evidente, el desfile, el encuadramiento, los símbolos identitarios, como los estandartes de los clubes, las banderas argentinas y la boina blanca usada en los combates de 1890<sup>60</sup>, las bandas de música, los comisarios de orden y los dirigentes al frente, dotaban de un carácter casi militar a la procesión cívica. Además de la solemnidad que imponía el tono luctuoso y fuertemente moralizante del homenaje a los «mártires» («tambores destemplados daban aire lúgubre y marcial»<sup>61</sup>). Ese cruce del entusiasmo con la disciplina y la emotividad puede advertirse en el desfile de 1894, cuando las coronas funerarias de los clubes de Flores y San Juan Evangelista fueron conducidas por niños e «inválidos de la revolución del 90», al tiempo que el nuevo club de San José de Flores estrenaba su estandarte bordado en oro, mientras que los miembros del club «Adolfo Saldías» marcharon «con boinas blancas y fusiles de madera» y cargando un pequeño cañón hecho de laureles y flores<sup>62</sup>.

Esa rigidez sólo podía verse alterada con acciones que, por lo demás, contribuían a hacer de la manifestación un acto festivo, «popular» y «patriótico», lo cual tenía mucho de autocelebratorio y no desentonaba con el sentido propuesto por sus organizadores. Pese a ello, ciertos sucesos como los de 1897 en el cementerio, cuando los comisarios no lograron evitar el desborde y los roces entre los clubes producto de la aglomeración en la entrada del cementerio, evidencian esa tensión entre la celebración y el orden. Así, en 1893 «[a]l llegar al mercado Florida se incorporó a la procesión un grupo de ciudadanos con dos banderas argentinas a su frente y una preciosa corona fúnebre»<sup>63</sup>, y en 1894 una mujer se abrió paso entre las filas de los clubes y ofreció un ramo de flores al «jefe del Partido Radical» para que lo depositara en el Panteón de los Caídos.

Los aspectos marciales imponían asimismo una reflexión: ¿era saludable para la política que un partido se militarizara y que se arrogara la defensa de la patria, ya

<sup>60</sup> Ya en 1891, varios de los clubes que participaron en la conmemoración comenzaron la costumbre de desfilar con el distintivo de la boina blanca, pasando de ser una forma de reconocimiento en el combate a constituirse en un elemento del «ser radical» que perdurará a lo largo de los años.

<sup>61</sup> «Procesión cívica», *La Prensa*, 26/07/1891.

<sup>62</sup> Estos datos se repiten tanto en las descripciones de *El Argentino* como en las de *La Prensa* y *Tribuna*. Lo notable del caso es que esta marcialidad y emotividad era destacada tanto por el favorable *La Prensa* («Causó esto favorable impresión») como en el más hostil periódico del PAN («Los que daban esa escolta iban de boina blanca, distintivo adoptado como uniforme por las huestes radicales»). Al respecto, «El meeting radical», *La Prensa*, 06/07/1894 y «El meeting radical», *Tribuna*, 06/08/1894.

<sup>63</sup> «La procesión cívica», *El Argentino*, 31/07/1893.

sea puertas adentro o puertas afuera de la misma? Los radicales, por su parte, lo entendían como un gesto de virtud cívica. Esa cuestión era, por otro lado, la que se presentó de forma mucho más patente en la marcha de los guardias nacionales radicales en 1897, cuando *La Prensa* llegó al extremo de comparar la conmemoración radical a un acto oficial:

«Los alrededores de la Plaza de Mayo presentaban ese espectáculo que sólo se puede ver en los días de fiestas patrias: estandartes, banderas, una banda de música que toca sus marchas, otra que ejecuta una diana, soldados de la guardia nacional, particulares con boinas blancas y cintas de colores, en fin, toda una asamblea de personas»<sup>64</sup>.

La masividad de las manifestaciones y, sobre todo, su composición eran siempre aspectos a destacar por parte de la prensa. En efecto, la idea unanimista de representar al conjunto de la «nación» y del «pueblo» no se presentaba como novedad<sup>65</sup>, pero sí lo era que un partido político se arrogara el monopolio de dichas entidades y construyera su identidad en torno a ellas. El «policlasismo» radical —que combinaba hombres y mujeres de parroquias como San Juan Evangelista y Barracas, junto a hombres de la elite así como «damas y señoritas» que asistían desde casonas patricias—, se unía a la reivindicación del mito fundacional, sacralizado como una «causa patriótica». En otras ocasiones la prensa destacaba ciertas características de los manifestantes. Aquí predomina un perfil masculino y más estrictamente político al afirmarse, por ejemplo, que «dominaba el elemento joven y la gente de acción», esto es, las bases populares de los clubes y antiguos combatientes del Parque<sup>66</sup>.

La cuestión del número era sin dudas uno de los aspectos en disputa. Para los radicales, la adhesión era presentada como confirmación de su empresa de «regeneración»:

«Cuando un partido como el nuestro organiza una columna de 15 a 17000 hombres, perfectamente ordenados en una procesión como la de ayer, hay derecho a exigir que se le reconozca en toda su fuerza real; porque ese hecho implica que su programa es una legítima aspiración pública, no satisfecha, pero que algún día ha de satisfacerse»<sup>67</sup>.

<sup>64</sup> «La conmemoración del 26 de Julio», *La Prensa*, 26/07/1897.

<sup>65</sup> Hilda Sabato, *La política en las calles*, *op.cit.*

<sup>66</sup> «Procesión cívica», *La Prensa*, 26/07/1891.

<sup>67</sup> «El meeting de ayer», *El Argentino*, 06/08/1894.

En cuanto a las cifras, *El Argentino* calculó para 1891 un total de 15.000 a 20.000 manifestantes, para 1892 unos 25.000, al año siguiente alrededor de 30.000 y unos 15.000 hombres de los clubes en la formación principal en 1894, a los que agregaba otros tantos como espectadores o no encuadrados. Por su parte, *Tribuna* se colocaba en el otro extremo, minimizando la cantidad de manifestantes, pero *La Prensa*, que claramente simpatizaba con la UCR, establecía una media entre los extremos. Los tres periódicos fundaban su aritmética en la suma del número de filas y en la profundidad de las mismas, calculando además el tiempo que empleaba de principio a fin la columna para atravesar por determinado sitio, de allí que para 1897 el mismo diario calculara que los veinticuatro clubes radicales se desplegaron en diecisiete cuadras y tardaran una hora en desfilar del primero al último. Lo cierto es que las conmemoraciones de la Revolución del Parque, al colocar en las calles de Buenos Aires a miles de personas, constituyeron un acontecimiento excepcional para la política finisecular, en una ciudad que para 1895 contaba con una población de 663.854 habitantes<sup>68</sup>.

CUADRO 2:

CONCURRENCIA ANUAL A LOS MÍTINES CONMEMORATIVOS DE LA REVOLUCIÓN DEL PARQUE ORGANIZADOS POR LA UCR

PERIÓDICO/AÑO	1891	1892	1893 <sup>69</sup>	1894	1895	1896	1897
EL ARGENTINO	15.000/20.000	25.000	30.000	30.000	-	-	-
LA PRENSA	5.000	14.000	12.000/15.000	14.000	-	-	15.000/20.000
TRIBUNA	2.500	7.000	-	5.000	-	-	5.000

FUENTE: elaboración propia de acuerdo a las cifras suministradas por la prensa periódica.

Luego del desfile, la llegada al cementerio de la Recoleta representaba el punto culminante y el momento más emotivo, donde se fijaban más fuertemente los sentidos de todo el trabajo y las acciones previas. Allí mismo se disolvía la rígida

<sup>68</sup> *Segundo Censo de la República Argentina*, t. II: Población, Buenos Aires, Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional, 1898.

<sup>69</sup> Tal como se observó en el Cuadro 1, 1893 fue el único año en que se registró un desfile callejero por parte de la UCN.



formación de la procesión, las mujeres y niñas se hacían presentes con ramos luego de arrojar flores desde balcones y veredas durante el trayecto, cada club depositaba ofrendas ante la tumba de sus muertos y, finalmente, los oradores designados daban sus discursos desde una tribuna especialmente instalada.

En la primera conmemoración de 1891, por ejemplo, se hizo hincapié en el protagonismo de los militares muertos en las acciones del año anterior. Pero el tributo se hacía genéricamente, tal como rezaban las dedicatorias de las coronas depositadas: «A los patriotas que murieron en la revolución de julio de 1890», «Los argentinos lloran la muerte de los patriotas», «Bendita la sangre de los mártires del 26 de Julio de 1890». Por su reiteración y porque su sentido no se alterará a lo largo de los años, estas inscripciones resultan fundamentales para reconstruir el sentido otorgado por los participantes al acto conmemorativo. El momento del cementerio y la materialización de la figura de los «mártires caídos», así como las escenas allí acontecidas, combinaban el carácter político de los discursos con una apelación a sentimientos que se colocaban más allá de las disputas del momento<sup>70</sup>, lo cual contribuía a sacralizar la acción pretérita y también la presente, entendida como la continuación de una obra inconclusa.

Hemos visto que para 1893 se había concretado la erección del Monumento a los Caídos, verdadera «panteonización» del sitio de peregrinación<sup>71</sup>. Pocos días antes de la conmemoración radical, se había llevado a cabo la inauguración del monumento con la «traslación de los restos de los patriotas que cayeron cumpliendo con su deber», al entender del diario *La Prensa*. La iconografía allí materializada merece una breve mención: en la base, un cívico combatiente, un artillero, un marino y un soldado del Ejército que sostienen la bandera revolucionaria del Parque conforman un tríptico escultórico; mientras que una Victoria (o una Piedad) alada sostiene en sus brazos a un «mártir-caído», haciendo evidente la

<sup>70</sup> El momento de fuerte subjetivación siempre era destacado por la prensa: «La ceremonia de la entrega de las coronas fue en extremo tocante y arrancaba lágrimas de emoción». La cita y la transcripción de las dedicatorias en *El Argentino*, 27/07/1891.

<sup>71</sup> Siguiendo el planteo que Mona Ozouf realizara para los cortejos durante la Revolución Francesa, el sentido religioso de los actos se generaba tanto a partir de la repetición de los itinerarios, los «lugares sagrados» por los que los mismos atravesaban, como la panteonización de las tumbas de los «héroes». Mona Ozouf, «Le Cortège et la Ville. Les itinéraires parisiens des fêtes révolutionnaires», en: *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 1971, vol. 26, n° 5, p. 895.

combinación civil-militar del alzamiento de 1890 y de la cual los radicales se harán cargo haciendo desfilar a sus ciudadanos-soldados en las calles de Buenos Aires. Esa doble dimensión permeará entonces el acto de inauguración de 1893. Una comisión presidida por el coronel Espina y compuesta por civiles y militares, radicales y mitristas, celebró los funerales de los «mártires», contando con la «oración sagrada» del padre Marcelino Benavente<sup>72</sup>. El espectáculo se centralizaría ahora en ese sitio, convirtiéndose en lugar de culto, como al año siguiente, cuando «se cubrió materialmente el monumento a la revolución de Julio», donde los clubes depositaron anclas, coronas de laureles, piezas de artillería adornadas, escudos nacionales, placas de bronce, columnas de granito, etc., todo ello custodiado por «seis cívicos, que llevaban boinas blancas y fusiles de madera»<sup>73</sup>.

Para 1895, cuando se privilegió la conmemoración de las revoluciones provinciales de Santa Fe y Buenos Aires, no hubo procesión cívica, pero se siguió respetando la visita al cementerio de las comisiones de clubes y de «conocidas familias de nuestra sociedad», con posterioridad a una misa en Pilar (participaron las familias Alvear, Pereira, Pacheco, Irigoyen, etc.), haciendo lo propio el Comité de la Capital de la mitrista UCN, que todavía reivindicaba la fecha pero sin manifestaciones callejeras<sup>74</sup>. Esta vez, la conmemoración se presentaba con contornos menos masivos que en los años anteriores. Pero el carácter patricio evidenciado en la escena era una constante de las conmemoraciones, en especial en la instancia de las exequias fúnebres, así como en el recorrido por Florida y Alvear, si además tenemos en cuenta que buena parte de la dirigencia radical pertenecía a la elite social porteña<sup>75</sup>. Por supuesto, en lo que hace al *Te Deum*, la liturgia religiosa predominaba sobre la política, y el tono luctuoso e íntimo por sobre el carácter popular de las manifestaciones.

<sup>72</sup> La crónica del acto y los discursos, en: «En la Recoleta. Ante el monumento a la revolución de Julio. Ceremonia fúnebre», *La Prensa*, 27/07/1893.

<sup>73</sup> *El Argentino*, 06/08/1894.

<sup>74</sup> «La conmemoración de hoy en la iglesia del Pilar. En la Recoleta», *El Argentino*, 26/07/1895; «Aniversario de la revolución de Julio», *La Prensa*, 26/07/1895; «Ecos del 26 de Julio en la iglesia del Pilar», *Tribuna*, 26/07/1895.

<sup>75</sup> Sobre estas consideraciones, remitimos a Leandro Losada, «La alta sociedad y la política en la Buenos Aires del novecientos: la sociabilidad distinguida durante el orden conservador (1880-1916)», en: *Entrepasados*, año XVI, n° 31, 2007.

## DISCURSOS Y SENTIDOS DE UN RITO IDENTITARIO

Si bien el conjunto de discursos que rodeaba antes, durante y después a las conmemoraciones de la Revolución no desentonaba con la prédica regular de la UCR (en la prensa, en actos, reuniones de comité o en el Congreso), lo cierto es que las distintas coyunturas conmemorativas contribuyeron a fijar las imágenes expuestas en esas otras instancias, en tanto se pensaban como la demostración por excelencia de su fuerza y cohesión. La pregnancia emanada del ritual y la serie de dispositivos que lo preparaban y ponían en escena, se presentaba, además, como el plafón ideal para elaborar una interpretación radical de la Revolución, así como para construir el sujeto político del militante radical, de allí su carácter performativo, clave para dar forma y confirmar año a año a la identidad partidaria. Podemos afirmar, no obstante, que este tipo de discursos sobre el hecho de armas y sus muertos eran proferidos en un registro, antes que nada, identitario y emotivo.

El momento conmemorativo actuaba como el presente de un arco temporal que establecía un puente entre dicho momento, el acontecimiento fundacional y la promesa de futura regeneración, lo que Raoul Girardet ha denominado el «dinamismo profético» de todo relato mítico<sup>76</sup>. El Parque será concebido entonces como un verdadero parteaguas histórico del cual los radicales se sentían protagonistas excluyentes. Pero el proceso fue más complejo. Por último, los sentidos que luego quedarán más o menos fijados en la identidad radical, si bien fuertes desde 1891, se irán consolidando mediante la economía simbólica desplegada año a año, pero también se prestarán a una lectura coyuntural de la conmemoración al calor de ciertos microclimas particulares (la ruptura de la Unión Cívica, las revoluciones provinciales de 1893, el conflicto con Chile).

Tanto si se analizan las notas editoriales del órgano oficial de la UCR como los discursos proferidos en el cementerio por parte de los dirigentes, encontramos sedimentadas una serie de ideas-fuerza, de figuras tipificadas, en suma, un lenguaje codificado propio del imaginario político de los radicales, santo y seña de una potente identidad en constitución. Antes que nada, la Revolución aparece legitimada como *ultima ratio*, una barrera frente al avance del autoritarismo, pero al mismo tiempo como un acto de patriotismo y de virtud cívica, encarnados en los hombres de la UCR, autoconcebidos como los únicos herederos de la Unión

<sup>76</sup> Raoul Girardet, *Mitos y mitologías políticas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999, pp. 14-15.

Cívica. Como lo expresó Barroetaveña, la «revolución armada del pueblo» era un «hecho fatal, impuesto por el patriotismo, por la virilidad de nuestra raza, por la dignidad nacional»<sup>77</sup>.

Devenido en bandera identitaria, el acontecimiento mítico-fundacional será progresivamente exaltado por las mismas conmemoraciones, entendido como condensación de un conjunto de valores, lo cual iba de la mano de la sacralización de los combatientes caídos, los «mártires de la causa»<sup>78</sup>. Éstos eran presentados como un modelo a seguir por parte de los ciudadanos-soldados de la UCR, quienes debían guardar su memoria y estar siempre dispuestos a dar la vida por la Patria. Consecuentemente, el seguimiento de dicho mandato sacrificial se consideraba un deber moral del militante radical, en tanto la obra de «regeneración» no estaba aún concluida. Así, para el miembro del Comité Nacional Ángel Ferreyra Cortés, «Los muertos no hablan para agradecer o reprochar, pero tienen un poder inmenso sobre la consciencia de los vivos»<sup>79</sup>. Pero tengamos en cuenta el marco que interpelaba a los presentes: estas palabras eran pronunciadas en la base del Monumento a los Caídos inaugurado en 1893, que tenía grabada la leyenda «*Hic manus, ob patriam pugnando coleera passi*» («Aquí sufrieron luchando por la patria»). Particularmente ejemplificadoras de los tópicos que pretendemos destacar, son las palabras de la principal voz autorizada de los mitines radicales, la de Alem. Al referirse en la Recoleta a «la significación moral de este acto», hace patente la disputa con los «traidores» del mitrismo, la apropiación del acontecimiento y la sacralización política de los «mártires»:

«Debemos conservar con respetuoso recogimiento en la memoria, su recuerdo, en el corazón su imagen, para tenerlos siempre presentes y poder imitar en todas las circunstancias su glorioso ejemplo. Y *estos muertos ante cuyas tumbas hemos venido a inclinarnos, son nuestros, exclusivamente nuestros!* [...] porque somos nosotros los únicos que *conservamos en nuestra alma el culto*, y en nuestra voluntad los propósitos, por los que ellos entregaron su vida en las jornadas del Parque [...] y si sus manos pudieran

<sup>77</sup> Transcripción en: «La procesión cívica. Imponente manifestación», *El Argentino*, 25/07/1892.

<sup>78</sup> En el sentido propuesto para el caso italiano por Emilio Gentile en *El culto del Littorio. La sacralización política en la Italia fascista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, quien se remonta a una mediana y larga duración histórica para reconstruir las formas en que se otorgó un sentido religioso, en clave secular, a la política de masas.

<sup>79</sup> Transcripción en: «El meeting de ayer», *El Argentino*, 06/08/1894.

agitarse y hablar desde la tumba, ellos dirían también que quieren ser nuestros, y su palabra de ultra-tumba resonaría como un terrible anatema contra aquellos que los llevaron al sacrificio para transar luego con el odioso adversario!»<sup>80</sup>.

El año 1892 será, entonces, un punto de inflexión clave en la construcción de la identidad radical porque –de forma más acusada que en el año anterior– la conmemoración se convertirá en un acto exclusivamente radical. En efecto, la celebración de ese culto más íntimo que era el de los familiares de los muertos deviene a esa altura en un elemento más del *rito de pasaje* que convierte a los presentes en una comunidad de creyentes, la de aquellos que «conservan el culto», que para el líder de la UCR no son sino los miembros de ésta. Como hacía patente la portada conmemorativa de *El Argentino* al año siguiente, en donde una gran cruz coronaba los nombres de los «mártires» (ocho militares y dos civiles), los mismos eran concebidos ahora como «los muertos de la Unión Cívica Radical», lo que no dejaba de resultar cuanto menos discutible<sup>81</sup>. Este monopolio de la labor regeneradora que se arrogaban los radicales continuaría siendo reivindicado al reactualizar año a año el diagnóstico original de crisis de 1889-1890. Ello se evidencia en el editorial conmemorativo de 1894 titulado «26 de Julio de 1890. Peor que antes», en donde el periódico dirigido por Saldías expresaba que «La obra patriótica que ha de cumplirse, es exclusivamente de la Unión Cívica Radical», a la que se presentaba como «la única corriente que se opone al descenso nacional».

En este punto, resulta interesante destacar un aspecto soslayado en general por la historiografía, la cual ha ubicado la prédica de la UCR –al menos en sus años fundacionales– en una clave republicana y liberal<sup>82</sup>. Nos referimos concretamente al protagonismo de un discurso que colocaba a la entidad de la Nación en un lugar privilegiado, que sólo con el correr de las décadas será llamado nacionalista, pero que en la década de 1890 no se encontraba necesariamente reñido con aquella

<sup>80</sup> El discurso de Alem en la segunda conmemoración de la Revolución del Parque (1892), en: *Leandro Alem. Mensaje y destino*, t. VIII, Buenos Aires, Raigal, 1956 (destacado propio).

<sup>81</sup> *El Argentino*, 26/07/1893. Los nombres de la portada eran los del coronel Julio Campos, los capitanes Manuel Roldán, Eloy Brignardello y Enrique García, los tenientes Máximo Layera, Rafael López y Luis Irustia, el subteniente José Uriza, el doctor Fernández Villanueva y Manuel Curuchet.

<sup>82</sup> Por ejemplo, Paula Alonso, *op. cit.*, y Natalio Botana, «El arco republicano del Primer Centenario: regeneracionistas y reformistas, 1910-1930», en: José Nun (comp.), *Debates de mayo. Nación cultura y política*, Buenos Aires, Gedisa, 2005.

cultura política liberal-republicana aunque comenzaba a diferenciarse de ella. Toda una línea argumentativa central de los sentidos de las conmemoraciones se filiaba en un patriotismo militante que a partir de esos años no haría sino ir *in crescendo*, tal como hemos demostrado para el contexto del conflicto con Chile, pero que se encontraba ya omnipresente desde los diagnósticos de la crisis de 1889-1890<sup>83</sup>. En este sentido, los radicales ubicaban a la Revolución del Parque en un lugar no menor en la historia nacional. Como afirmaba Joaquín Castellanos en 1893:

«El movimiento de Julio, de todos los sacudimientos que marcan una época en nuestro país, es el más genuinamente nacional, el hecho histórico más íntimo, profundo, y sustancialmente argentino. Puede mirársele casi como una lucha de sangre, como una cuestión de raza [...] La revolución de julio ha salvado el carácter nacional, y con él la individualidad de nuestra patria!»<sup>84</sup>.

Pero si bien el tono combativo siguió presente, el contexto del conflicto limítrofe a partir de 1894 dio lugar al planteo de una eventual «unión nacional» para enfrentar al «enemigo externo». Como expresaba el mismo Castellanos en la conmemoración provincial de La Plata en 1895, «Ni la obra de reparación está concluida, ni el pueblo desfallece», pero la UCR «ha concedido un armisticio a sus adversarios [...] para preparar la defensa nacional, que es actualmente la primera de las necesidades»<sup>85</sup>. Pocos días después en Rosario, otro miembro del Comité Nacional, Julio Arraga, se refería en el mismo sentido a que «si a los peligros internos se agregan los externos, el partido radical en vez de suspender su misión regeneradora, debe persistir en ella con más esfuerzo y energía, para defenderse de la invasión fratricida»<sup>86</sup>.

Resulta por demás sugestiva la asociación que se intentaba efectuar entre el acontecimiento ya considerado mítico y las causas políticas –internas y externas– en las que el radicalismo pretendía intervenir. El patriotismo entendido como sentimiento y entrega a cada una de estas causas dio lugar, por parte de los radicales,

<sup>83</sup> Al respecto, nos permitimos remitir a nuestro: «El primer radicalismo y la «la cuestión de la Nación». Acerca de un vínculo identitario fundacional», en: *Cuadernos del Ciesal*, Rosario, n° 12, enero-diciembre de 2013.

<sup>84</sup> Transcripto en: «La procesión cívica», *El Argentino*, 31/07/1893.

<sup>85</sup> Transcripto en: «La conmemoración de ayer en La Plata. El funeral. Solemne ceremonia en el teatro Argentino», *El Argentino*, 31/07/1895.

<sup>86</sup> Transcripto en: «Desde el Rosario. La procesión de ayer», *El Argentino*, 16/08/1895.

a una singular pedagogía política en donde la propia identidad en construcción se reforzaba con el ejemplo de los muertos en el Parque, pero también con la defensa de la Nación. Los radicales debían ser los primeros patriotas y entendían la militancia como una verdadera escuela de la nacionalidad. El ejemplo de Atilio Palma es elocuente: este estudiante del Colegio Nacional de Buenos Aires se hacía cargo, en la conmemoración de 1894, del mandato sacrificial propuesto por el radicalismo, al expresar en el discurso en nombre de sus compañeros que «[v]enimos en nombre de la patria [...] que la juventud argentina se inspire en estos grandes modelos, para saber llegar hasta el sacrificio cuando lo exija la patria [...] morir como sus mártires inmolados al bien de sus libertades»<sup>87</sup>.

Pero ¿qué mejor ejemplo de esta construcción de una memoria, como parte de una identidad partidaria, que la significación otorgada por sus seguidores a la muerte de Alem? Los discursos alusivos en el cementerio de la Recoleta dicen bastante al respecto, más allá de las típicas convenciones del género, donde se exaltaban las virtudes del fallecido. Poco antes de la conmemoración de 1896, será una vez más Barroetaveña quien se referirá al «tribuno del pueblo», al «vehemente jefe del partido radical» como un «gran hombre» entregado a «la *causa de la defensa nacional*», convirtiéndolo en el principal de aquellos «mártires del deber» y «apóstoles del bien» que eran ya en el imaginario radical los caídos en el Parque. La placa colocada al año siguiente en el Monumento por el Comité de la Capital de la UCR afianzará estas ideas, leyéndose: «Viviste como apóstol, luchaste como héroe y sucumbiste como mártir». Vemos así conjugados en la figura del «gran hombre» de la UCR todos los tópicos que caracterizarían la subjetividad política de sus miembros: el partido como una fuerza arraigada en el pueblo, su causa entendida como causa nacional, la figura sagrada de los combatientes muertos y una obra de «completa regeneración en lo político, lo social, administrativo y moral» que debía consumarse como un mandato<sup>88</sup>. Es Marcelo de Alvear, en 1895 en la Recoleta, el que afirmará que «No basta con cubrir de flores las tumbas de los mártires [...] Es necesario además sentir sus anhelos, proseguir y terminar la jornada en que cayeron»<sup>89</sup>.

<sup>87</sup> Transcripción en: «El meeting radical. Verdadero acontecimiento político. 10.000 personas en la columna popular», *La Prensa*, 06/08/1894.

<sup>88</sup> Francisco Barroetaveña, «Del Dr. Leandro N. Alem» (01/07/1896), en su: *14 Panegíricos*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1913, pp. 24-27 (destacado en el original).

<sup>89</sup> Transcripción en: «En la Recoleta», *El Argentino*, 26/07/1895.

El tópico de la «revolución inconclusa» sería esgrimido en cada uno de los actos. De esta forma, en 1893 las revoluciones provinciales se presentaron momentáneamente como la confirmación de esa «cruzada santa». Y aunque las mismas fracasaran, su conmemoración pasó a formar parte del calendario anual de los radicales, incorporándolas como parte de la «misión histórica» que se autoasignaran. De allí que Joaquín Lejarza, presidente de la UCR de Santa Fe, se refiriera en una de esas conmemoraciones a que «[l]as líneas están tendidas, como en 1890 y 1893», estableciendo un puente de sentido entre el mito fundacional de la UCR y las experiencias provinciales. La tarea a concretar seguía, por lo tanto, pendiente para «los campeones abnegados de la *religión del civismo argentino*», tal como entendía al radicalismo, ya que «tuvo sus mártires en los hermanos que murieron en las heroicas jornadas de julio [...] por el ideal de la patria grande, de la patria libre, de la república argentina, respetada por todas las naciones»<sup>90</sup>.

### CONSIDERACIONES FINALES

En definitiva, para los radicales sus conmemoraciones actuaban como ritos identitarios a la vez que como manifestaciones de protesta en contra del oficialismo. Al mismo tiempo, a tono con el clima de época que comenzaba a experimentarse en el cambio de siglo, se encargaron de presentarlas como actos patrióticos, con un sentido fuertemente «nacional», lo cual se plasmaba en su retórica y en la estética de sus celebraciones. Al respecto, cabe plantear a la naciente UCR como un actor más que abrevaba en el fervor conmemorativo que comenzó a instalarse en la Argentina desde la década de 1880. Parte al mismo tiempo de una cultura política más general que incluía actos oficiales, pero también a iniciativas de fuerzas opositoras, ya sean de la «política criolla» (por caso, la propia UCR), como de las nóveles fuerzas de izquierdas encabezadas por socialistas y anarquistas, que comenzaron a aportar su propio rito anual del 1° de mayo.

¿Dónde se ubicaban los radicales en este clima? El mismo día de 1894 en que reseñaba una conmemoración del Parque —«patriótica», afirmaba, «de ciudadanos argentinos»—, una crónica del periódico dirigido por Adolfo Saldías referida a la movilización de la Sociedades de Obreros Panaderos, «compuestas casi en su

<sup>90</sup> Transcripto en: «Desde el Rosario...», *op. cit.* (el destacado nos pertenece). Sobre esta asociación, remitimos a nuestro: «Una religión cívica para la Argentina finisecular», *op. cit.*



totalidad de extranjeros», se encargó de establecer una frontera que trascendía las agrupaciones partidarias y que destacaba las diferencias ideológicas. Para *El Argentino*, los obreros en general, y los socialistas que acompañaron el desfile de los panaderos y pintores, en particular, confundían las causas, argumentando que deberían haberse sumado a la manifestación-protesta del Radicalismo:

«Aunque en ese gremio cuenta nuestro partido numerosos partidarios que hubieran concurrido a la manifestación radical, su abstención ha venido a poner en evidencia –que no es la colonia extranjera trabajadora la que constituye el elemento más importante de él [...] sino que lo componen ciudadanos argentinos, casi la totalidad de los argentinos, y esta afirmación es de notoriedad indiscutible»<sup>91</sup>.

La respuesta de *La Vanguardia* –el recientemente creado periódico socialista– no se haría esperar, planteando que «mientras un partido político se reunía en sus comités para concurrir en procesión a honrar a los que hace cuatro años cayeron creyendo mejorar la situación actual, en esos mismos instantes más de 1500 obreros se agrupaban frente al local de la Sociedad de Obreros panaderos»<sup>92</sup> luchando por la emancipación de una clase social en particular. Vemos así que la constitución de los primeros rituales político-partidarios en la Argentina finisecular, además de exaltar a una agrupación en particular, permite una lectura en una clave más general, ya que sus mismos promotores ponían en juego sentidos y valores que se consideraban superiores a las disputas de la coyuntura. En lo que hace a los sentimientos que despertaban en los radicales, la dimensión «festiva» muchas veces rescatada por la prensa, operaba precisamente tornando popular y en ocasiones alegre a un acto que en sí mismo tenía un núcleo más bien emotivo y solemne. Esas dos caras –la festiva del desfile y la más lúgubre del cementerio– remitían, tal como expusimos, a las distintas instancias que daban forma al ritual conmemorativo, en donde los sentidos puestos en juego si bien no eran los mismos en uno y otro momento, sí se conjugaban para constituir una unidad más amplia. Por supuesto, ello también estaba en función de arrojarse la representación de un colectivo más amplio que el expresado por las respectivas agrupaciones (recordemos la presencia de mujeres y niños), pero también de dirimir esas disputas inmediatas. Para quienes concebían

<sup>91</sup> «La manifestación obrera», *El Argentino*, 06/08/1894.

<sup>92</sup> «Manifestación obrera», *La Vanguardia*, 11/08/1894.

su acción política con un sentido fuertemente militante y pretendían erigirse en representantes de las mayorías populares, lo cual exigía exhibir periódica y públicamente esa representatividad, la lucha por «ganar la calle» se constituyó en una empresa fundamental, como se percibe en la disputa por el número.

Hemos dado cuenta entonces de la importancia que adquirieron las conmemoraciones de la revolución del Parque a partir de 1891, no sólo por la movilización de miles de personas en la Capital Federal, sino porque esa progresiva construcción de un ritual político se convertirá en una poderosa arma esgrimida por los radicales para reivindicar una memoria y construir su propia historia, a partir de la Revolución y sus mártires. Pero esos sentidos no se fijaron sin disputas, ya que la otra fracción escindida de la Unión Cívica, el mitrismo, intentará disputar la fecha-símbolo, aunque con prácticas mucho más discretas y, en última instancia, sin la resonancia de los radicales. Desde otra postura, los autonomistas se encargaron en cada ocasión de ofrecer sus reparos y censurar una celebración que ponía en el centro de la escena un levantamiento cívico-militar, lo que constituía, a sus ojos, una causa de des-orden y de «falta de educación política», al decir de Lucio Mansilla. Tal vez allí radique, en gran medida, el éxito de la UCR: en cultivar como un «fuego sagrado» la «bandera del Parque», como reconociera *Tribuna* en el acápite de este trabajo.

Por otro lado, es importante aclarar que esta no será la única conmemoración efectuada por los radicales, pero aquí comienzan a jugar las periodizaciones. A partir de 1897, por ejemplo, la visita a la tumba del «mártir y apóstol» Alem en el cementerio de la Recoleta comenzará a formar parte del calendario partidario, justo en el momento en que la UCR experimentará una división que durará más de un lustro, de allí el carácter más íntimo que adquirirá este tipo de actos. Precisamente, la reorganización radical de 1903 se iniciará con un gran mitin en conmemoración de la Revolución del Parque, pero para entonces el flujo y reflujo de hombres y facciones típico de las facciones de notables redistribuirá los espacios dirigentes dentro del nuevo radicalismo. Asimismo, el levantamiento cívico-militar de 1905 tendrá un año después su bautismo conmemorativo, pero su análisis quedará para más adelante.

Ahora bien, cabe finalmente preguntarse por la efectividad de los grandes actos de la UCR. Los radicales de la década de 1890 evidenciarán tempranamente un aceitado mecanismo organizativo de movilización: el encuadramiento de miles de militantes desfilando por las calles de Buenos Aires, a partir de los clubes parroquiales; el espíritu marcial de su marcha y la economía simbólica exhibida,

combinando banderas argentinas y estandartes radicales; las boinas blancas y los fusiles de madera que patentizaban la violencia revolucionaria, al tiempo que la desactivaban y la sublimaban como parte de un ritual. En este sentido, los organizadores eran perfectamente conscientes de la importancia que todo esto tenía, porque la reflexión del partido sobre las mismas conmemoraciones era una constante, lo cual dice bastante de las valoraciones sobre estas prácticas, pero también de la concepción que de sí mismos tenían los radicales, como lo demuestran las palabras del dirigente bonaerense Enrique Rivarola:

«Las conmemoraciones que los partidos políticos hacen de sus actos, cuando estos imprimen un movimiento decisivo y saludable en la vida pública, tienen doble razón de ser: ante todo *consagran un recuerdo afectuoso y sentido a aquellos que en la jornada rindieron sus vidas* obedeciendo a la ley histórica que exige para los beneficios de la libertad los sacrificios de *sangre*; y luego, *presentan y mantienen vivo el ejemplo*, fuente de inspiración para los momentos difíciles, aliento viril para las horas amargas»<sup>93</sup>.

Todo ello contribuyó, sin lugar a dudas, a dar forma a una identidad política de una potencia inusitada para esos años, pero en lo inmediato no redundó en un protagonismo ininterrumpido del radicalismo en la escena política argentina, al menos si obviamos que buena parte de su dirigencia logró instalarse de forma continuada en cargos representativos (piénsese en Alem como diputado y senador o en Bernardo de Irigoyen también como legislador y desde 1898 como gobernador de la provincia de Buenos Aires, pero también en la carrera de Saldías, Barroetaveña o Castellanos). Por lo demás, estas grandes demostraciones, si bien dejaban vislumbrar un saber-hacer consumado, también podían velar situaciones de gran fragilidad partidaria, como en 1897, cuando se movilizó todo un aparato partidario que se resquebrajaría pocos meses después. Así y todo, en vista de lo expuesto a lo largo del trabajo, esta dimensión fundamental que constituyeron los actos conmemorativos para la política argentina en el cambio del siglo XIX al XX no puede ser desdeñada si de lo que se trata es dar cuenta precisamente de la riqueza y complejidad de un período clave en la constitución de modernas identidades político-partidarias.

<sup>93</sup> Transcripción en: «La revolución de Buenos Aires. Su conmemoración. Discurso del Dr. Rivarola», *El Argentino*, 01/08/1895 (destacado nuestro).

**Registro bibliográfico**

REYES, FRANCISCO J.

««Conmemorar la Revolución y sus mártires». Sobre el lugar de un ritual político en la constitución de la identidad del radicalismo (1891-1897)», en: ESTUDIOS SOCIALES, revista universitaria semestral, año XXVI, n° 50, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, enero-junio, 2016, pp. 41-76.

**Descriptorios · Describers**

rituales políticos / conmemoraciones / Revolución del Parque / Unión Cívica Radical / identidades políticas  
political rituals / commemorations / Revolution of the Parque / Union Cívica Radical / political identities

**Recibido:** 10 / 10 / 2014

**Aprobado:** 25 / 04 / 2015